

DINÁMICA PSÍQUICA Y TRASCENDENCIA (10-18/9/09) – Néstor Tato

Este aporte fue la síntesis del estudio de Apuntes durante la nivelación, claro que precedido por algunos años de lecturas previas (☺).

El esquema que presenta el psiquismo humano como una estructura de aparatos que trabajan integrados como sistema, sirve de base para entender el funcionamiento de éstos en circuitos, o sea, en vías por las que circulan impulsos.

Es significativa la presentación de dos circuitos diferenciados:

1) “percepción, representación, toma de la representación y sensación interna en general”.

En términos de aparatos, este circuito está hablando de los circuitos sentidos-conciencia (percepción) y sentidos-memoria-conciencia (representación), destacando la actividad del sentido interno (nueva toma de la representación y sensación interna en general).

En otros términos, se trata de la percepción, la representación, la sensación interna (registro por el sentido cenestésico) de la representación y la percepción del estado interno general (sensación interna en general). Estas dos “percepciones” se presentan como contenidos diferenciados: los contenidos de la representación (que habitualmente llamamos “imagen”) y las sensaciones internas (del intracuerpo, de la actividad de conciencia y de lo que siento frente a la representación).

Todos estos fenómenos podemos verlos como “circuito interno” porque da cuenta de lo que pasa “dentro” mío.

2) el “otro circuito nos muestra el recorrido de impulsos que terminan en las acciones lanzadas hacia el mundo externo y de éste, también hay sensación interna”.

Ambos circuitos funcionan simultáneamente.

La representación que es “tomada” por el circuito interno (el descrito arriba en 1), si está orientada hacia afuera (porque sus contenidos se emplazan en el mundo externo) y si está bien emplazada (en tanto el componente cenestésico

de esa representación se emplace en las zonas corporales comprometidas en la acción), provoca la actividad de los centros que lanzan su respuesta al mundo.

De esta acción, convertida en estímulos originados en el cuerpo (kinestésicos y cenestésicos) también tengo sensación interna, su señal también se “reinyecta” en el circuito interno.

Esta realimentación permite el ajuste del movimiento corporal y el proceso de aprendizaje mediante ensayo-error.

Si invertimos los términos en que está planteado el tema de los circuitos (percepción y representación como “figuras” que resaltan sobre el “fondo” de la sensación interna) tenemos que la conciencia está recibiendo información interna de manera constante y que la actividad del circuito interno es permanente, ciclando con los distintos niveles de trabajo.

Es más, la relevancia que parece tener lo externo y los sentidos que le corresponden, no tiene relación con la realidad “cuantitativa” del trabajo global de los sentidos, tanto externos como internos.

Desde un punto de vista estrictamente teórico (restringo explícitamente su alcance porque extender este punto de vista a la comprensión de la existencia humana es ilegítimo) los impulsos no dan señal más que de variaciones corporales: de lo que pasa en el límite del cuerpo en su contacto con lo externo, específicamente en los órganos especializados que se encuentran en él (sentidos externos), y en el interior del cuerpo (a través de las localizaciones intraórganos de los sentidos internos).

Los impulsos son codificados por los sentidos como señales que se envían a través de los circuitos. Estos impulsos se generan de acuerdo a las variaciones de las terminales sensoriales y circulan por las vías que conectan los sentidos externos e internos con el sistema nervioso central.

De modo que el “medio” que es propio de los impulsos es el sistema nervioso. Ellos sirven a la conexión entre sus aparatos (sentidos, memoria y conciencia) y sus variaciones de “caudal” (modulado por la formación reticular activadora) regulan el nivel de trabajo.

Conforme al esquema gráfico del psiquismo, los impulsos circulan entre aparatos, originándose en la fuente de información sensorial (sentidos externos

o internos) y conectando con conciencia o memoria y, en este caso, también conectan memoria con conciencia. Este circuito de circulación en una dirección (hacia conciencia, en definitiva) produce la percepción, el primero, y la representación, el segundo.

Luego está el circuito de salida, conciencia-centros de respuesta.

De toda esta actividad de aparatos también hay registro por vía de sentidos internos, que moviliza con sus señales el primer circuito sentidos-conciencia/sentidos-memoria-conciencia, introduciendo la información interna del proceso de respuesta y de la actividad de conciencia.

Pero estos impulsos circulan junto con nuevos impulsos que lanzan los sentidos dando cuenta de las variaciones de los medios externo e interno. Constantemente los sentidos están lanzando señales del estado de los medios que censan.

Constantemente, entonces, llegan a memoria y conciencia, señales del estado de esos medios, confirmando o modificando la información que configura la situación perceptual y su continuidad o discontinuidad.

Y constantemente, hay información que circula desde el medio interno, aún cuando los sentidos externos hayan reducido al mínimo su actividad durante la fase de recomposición vegetativa que es el nivel de sueño.

De modo que siempre hay impulsos circulando por el sistema nervioso desde la periferia hacia el central (vías aferentes) y desde éste hacia la periferia (centros y sentidos (vías eferentes).

Toda esta actividad se desarrolla en un nivel corporal y las señales que codifican los impulsos son el elemento de conexión entre ese nivel vegetativo y el nivel de actividad de conciencia.

Toda esa actividad neurofisiológica sirve de base a la circulación de señales, que son los trenes de impulsos codificados de tal manera que se diferencian por su resultado: habrá señales visuales, auditivas, cenestésicas, etc. Son los códigos que sentidos envía a conciencia y memoria para discriminar los fenómenos que detectan.

El uso indiscriminado del término impulsos sirve a una concepción (o visión) que homologa el medio interno con el externo.

Los impulsos provenientes del medio externo son heterogéneos entre sí porque corresponden a distintos tipos de manifestación de las variaciones físicas que

presenta el medio ambiente (corpúsculos, ondas, presiones, texturas, temperatura, etc.). Los sentidos los traducen a una “norma” homogénea configura los impulsos del sistema nervioso. Pero esta homogeneidad de los impulsos necesita de las diferencias de codificación que configuran las señales, para poder dar cuenta de las diferencias en los estímulos.

Tenemos, entonces, que el circuito “primario”, que lleva información de los sentidos a conciencia (en el caso de memoria, también terminan en conciencia), y se describe en el esquema del psiquismo, no existe.

El fenómeno de realimentación es constante, del mismo modo que es constante la actividad de los sentidos, por lo que la “reinyección” de señales de los sentidos internos es constante. Así, el circuito “primario” solo existe teóricamente, en el gráfico de los aparatos.

Los trenes de impulsos generados por sentidos se configuran como señales que provienen tanto de los sentidos externos como de los internos. Dan cuenta simultáneamente de la actividad de cada sentido, de su estado, de la actividad de los centros, de conciencia, de memoria.

Toda esta información tan compleja es discriminada por conciencia y memoria en base a códigos que delimitan (les dan forma a) las señales que son portadas por los impulsos, en un continuo flujo indiferenciado.

Y esos códigos pueden ser reconocidos por la información del sentido interno, que es la que sirve para diferenciar las señales tanto en su fuente de origen como en el momento de generación. Y sirven para su clasificación, archivo y posterior “recuperación”.

La actividad de conversión de esos impulsos en conciencia permite hablar de señales. Es decir, “antes” de conciencia o de memoria, los impulsos son impulsos.

Son señales para conciencia o memoria que las pueden interpretar y nos permite discriminarlas –teóricamente- en el flujo continuo e indiferenciado de los impulsos.

Y conciencia, para más, convierte esas señales en imágenes: percepciones y representaciones. Que funcionan como señales para los centros de respuesta y “viajan” montadas en los trenes de impulsos.

A partir del paso de las señales por conciencia aparece el mundo, la percepción de los medios externo e interno y sus representaciones. Este nivel es el propio de la actividad de conciencia.

Al final del circuito que termina en conciencia, tenemos las imágenes que produce. Estas presentan el mundo (las percepciones) y lo representan (las representaciones) como un borrador que podemos modificar.

Según ese esquema, parece que las imágenes están al final del circuito. Pero como hay un registro de la representación vía sentido interno, resulta que las imágenes también están al inicio del circuito interno, al “principio” (que en realidad no tiene) del proceso de realimentación.

De modo que, en términos de “realidad” (porque el nivel de fenómeno al que pertenecen los impulsos no es perceptible) lo que existe es el resultado de los procesos de realimentación.

Del mismo modo que no existe la percepción sensorial “pura” por no contaminada por memoria, tampoco existe una percepción “originaria” por fresca y no contaminada por información anterior o ajena a la franja sensorial de que se trate.

Un bebé no nace viendo lo que vemos los adultos (aceptando, a los efectos de la teorización, que la visión de los adultos pueda ser uniforme). Por lo contrario, va desarrollando la capacidad de visión: primero detecta luz y sombras, progresa con el movimiento, las formas, etc., hasta llegar al reconocimiento cultural de lo que le rodea. Y este reconocimiento cultural es, básicamente, desde lo que le rodea porque su “lectura” del medio circundante será ... la de los adultos que lo crían.

La “vasocomunicación” entre el individuo y la cultura a que pertenece, es constante y originaria. Se da desde la misma concepción porque las sensaciones que recibe del cuerpo de su madre tendrán ya la impronta cultural. Pero, en términos de circuitos, no existe otra cosa que impulsos, de modo que desde el punto de vista de la teoría (insisto en destacarlo), no hay más que información “del cuerpo” (porque en sus órganos se origina) circulando en forma de señales que codifican los trenes de impulsos.

La información de sentidos se integra con la de memoria generando la percepción y la representación, un binomio apenas discriminable en el momento que se origina, pero reconocible cuando, a través de la

realimentación, la representación se diferencia como proceso “de pensamiento” a través de las distintas elaboraciones de conciencia.

Habitualmente, entendemos que percepción es la externa. Acostumbrados a que “el mundo” es el que vivimos en vigilia, entendemos que “sentir” es sentir “lo de afuera”. El resto son “señales internas”, noticias de cómo anda el cuerpo en su funcionamiento, muy útiles para saber si hay alguna falla orgánica o de proceso (algún dolor de estómago, por ejplo. o un remezón de hígado o intestinos).

Señales internas, para esta concepción vigílica, son señales intracorporales, no porque se emplacen en el interior del cuerpo sino porque “vienen” de allí para hacernos saber de él.

Y ésto, de acuerdo a una visión “de circuito primario”, podría ser así. Solo que existen los procesos de realimentación. Y, además, entrecruzados con las respuestas emotivas a las situaciones que vivimos y a las que nos imaginamos. Por tanto, nuestro estado interno es bastante más complejo que las variaciones de ph o alcalinidad, etc, de que nos hablan los textos escolares.

En nuestra dinámica existencial será mucho más relevante la información de nuestro estado interno referido a climas emotivos y estado de tensiones corporales que al funcionamiento del cuerpo.

Eso, es la porción mayoritaria de la “sensación interna en general”.

Toda percepción, entonces, será una trama de sensaciones internas en la que se destacan los datos del exterior según lo exijan las circunstancias (el nivel de trabajo vigílico, la intensidad del estímulo, la necesidad de la estructura psicofísica).

Pero, también por exigencia de las circunstancias, la información que corresponde a esa trama interna permanecerá como trasfondo en la “oscuridad” de la copresencia.

Desde este punto de vista (sigue siendo teórico), cobra relevancia el límite del cuerpo, del que se tiene señales de posición (kinestésicas) y de estado interno (cenestésicas).

Lo kinestésico sigue la suerte de la relación inversa entre la actividad de sentidos externos y la de sentidos internos (mientras aquéllos se activan, las

señales de éstos reducen su intensidad). Con fuerte apoyo en la estimulación que proviene de la situación externa, los registros kinestésicos se van difuminando a medida que el punto de mira se internaliza. No obstante, en ese “adentrarse” va quedando una zona “gris” de sensaciones internas donde todavía se tiene cierta referencia de la posición corporal.

Así, el “afuera” aparece como la referencia de dirección del registro tactil-kinestésico. Todo lo que provoque variaciones que afecten el umbral promedio del tacto (el aire y la temperatura, para empezar) serán estímulos cuya percepción los emplaza afuera del cuerpo.

Ese emplazamiento no está determinado por la información que proviene del estímulo, sino por la que “se suma” a él: la información del estado orgánico del sentido y su actividad. Siento que lo que veo, huelo u oigo, por caso, está afuera, porque tengo referencia constante del órgano implicado según el tipo de estímulo y, por tanto, tengo referencia del límite del cuerpo porque con la señal del estímulo recibo también la información de posición, actividad y estado del órgano que emite la señal. Y los órganos de sentidos externos están en el límite del cuerpo.

Esto, en cuanto a los impulsos que se originan afuera, como señales del mundo externo.

En cuanto a los impulsos que están dirigidos hacia fuera por las imágenes que ellos mismos configuran o soportan (las imágenes que disparan respuestas), éstas no solo contienen impulsos que dan referencia del objeto al que se orientan, sino que las imágenes correspondientes llevan integrada información de las partes del cuerpo que se encuentran comprometidas para llevar a cabo la acción de que se trate.

Las imágenes, entonces, serán compuestas. La percepción del mundo externo está integrada por los datos del afuera, los de posición de mi cuerpo en relación con referencia a la situación en que se encuentra, y la información del “adentro” del cuerpo¹.

¹ Un punto interesante es preguntarse de qué es esa información, cuál es el estímulo que la provoca. Porque si hay sensación cenestésica y kinestésica, hablamos de altura y profundidad que es lo mismo que hablar de volumen. Y eso nos da señal de “algo” que por el momento solo parece ser una “masa” de representación cenestésica. Este punto ya lo traté en “Relaciones” (2006).

Esta información cenestésica cobrará relevancia para la acción porque al emplazarse en el punto comprometido para realizarla, generará la tensión necesaria para el movimiento, con referencia a la imagen trazadora (de sentidos externos) del objeto.

Conciencia destacará unos datos y oscurecerá otros según sus intereses y su situación de trabajo (nivel y estado).

Pero siempre, en todo momento y a cada instante, conciencia cuenta con información del intracuerpo, incluida la de sí misma, que entreteje en copresencia el trasfondo perceptual.

Esta actividad constante de los sentidos como detección de las variaciones de los medios externo e interno da como resultado una “sensibilidad” general que también, por lógica concomitancia, varía. Esto es como se ha dicho, que todo impulso, por su simple presencia modifica el estado general. Se da aunque esa modificación no se haga manifiesta de inmediato, como en el caso de no tener la carga necesaria para romper umbral pero, de todos modos, acumula en esa dirección.

Gracias a esta información que recibe constantemente, conciencia puede cotejar percepciones y representaciones. Merced al código táctil-kinestésico puede distinguir la percepción de un objeto de la más fiel de sus representaciones.

En ese caso, tanto un contenido percibido como uno representado se encuentran presentes en el campo de conciencia: uno en el modo de la percepción, el otro en el modo de la representación. Por lo general, el primero en presencia y el segundo, en copresencia.

Retroalimentaciones mediante, yo puedo distinguirlos también porque sobre uno puedo operar mentalmente y sobre el otro, no. Lo percibido puedo modificarlo solo mediante el cuerpo. Que es su homólogo. Lo concreto con lo concreto.

Pero, repito, esto puede suceder mediando las retroalimentaciones correspondientes.

Esto lo digo para resaltar que entre los cotejos entre registros y el registro de los cotejos media, cuando menos, un nivel de fenómeno.

Dicho de otro modo, en el caso de los cotejos entre registros hablamos de operaciones de conciencia que se dan en un nivel de actividad que no puedo registrar. Y de una actividad, además, que opera con registros sensoriales de los que no tengo registro.

En el caso de los cotejos entre registros, hablamos de lo que sí tengo registro: del fenómeno, de lo que aparece en el campo de conciencia.

O, dicho de otro modo, en el primer caso se habla de lo que registra conciencia, en el segundo, de lo que registra el yo. De los primeros, uno no tiene noticia directa; de los segundos, sí.

Lo fenoménico, en términos fenomenológicos, solo existe para (y se constituye en) la conciencia. No hay fenómeno que no sea conciente porque el fenómeno es “lo que aparece” a la conciencia. Y, si no aparece, es porque no es registrado.

Esto no quiere decir que el fenómeno en tanto aparecerse a la conciencia, no exista como impulso. Los impulsos como tales, como variaciones de la actividad de sentidos que generan información que se transmite en forma bioeléctrica, no existen para la conciencia en el sentido de ser conciente de algo.

Conciencia convierte los impulsos a imagen y en este nivel se hace posible el registro por el yo, el “darme cuenta de”.

En todo caso, se puede hablar de los impulsos como fenómeno si se tiene en cuenta que no son un fenómeno sensible, registrable por uno, porque están en la misma base de la actividad sensible. Además, si se tiene presente que se los puede entender como fenómeno en tanto pueden ser conceptualizados y, por tanto, existir en ese nivel de abstracción. En todo caso, esos conceptos refieren a un nivel de la realidad que puede verificarse con aparatos de registro. Estos pueden detectar los impulsos en el “nivel de existencia” que les es propio y llevarlos al nivel perceptual mediante una “representación” (como el registro encefalográfico, por caso) producida técnicamente.

Hecha la salvedad, la referencia a los “impulsos” sirve para resaltar la universalidad del fenómeno que se encuentra en la base del psiquismo, su no contaminación por cualquier sentido ideológico que pueda sobrevolar su interpretación, y la dependencia del sentido en sí mismo respecto de ese nivel en que “habitan” los impulsos.

La región del sentido es el nivel propio de lo humano y, así como los impulsos son la esencia de la dinámica del sistema nervioso, el sentido lo es de la dinámica existencial. Ambos niveles interactúan, siendo posible que el sentido modifique la dinámica de circuitos tanto como depende de ella. Pero esta reversión del psiquismo humano sobre su base constitutiva es posible solo si se comprende esta dependencia originaria del sentido respecto de su base física.

El sentido de las cosas, al ser el nivel propio de lo humano –y esa propiedad está dada por la misma sensibilidad- ejerce la fascinación que le es propia y necesaria para que lo humano actúe sobre el mundo. Lo que conocemos como la fuerza de la creencia. Pero esa misma fascinación fija lo humano en la posición en que se encuentre, impidiendo la movilidad de su visión.

El sentido es lo distintivo de lo humano pero, también, su trampa. Las cosas son como se ven. No son como son, porque este “ser de las cosas” está determinado por las percepciones que de ellas tenemos. Y esta percepción, como vemos arriba, es cultural, adquirida. No el hecho de la percepción misma que, en sí, es universal, sino el cómo y qué de lo percibido. Eso es lo que percibimos como vivencia, lo que vivimos y resulta ser lo relevante en términos concretos de existencia. Porque nos determina.

Llegar a tener una cabal comprensión de cómo lo que vivimos está determinado por la dinámica de circuito propia de los impulsos, nos pone una primera distancia imprescindible para aprehender nuestro nivel propio de existencia: el interno.

La experiencia interna se desarrolla en copresencia, transparente frente a la brillantez de los fenómenos externos, cuya opacidad es lo que estamos acostumbrados a percibir.

Los fenómenos que nos son propios, los de conciencia, no son ajenos a los impulsos que están en su base aunque la configuración definitiva –la percepción- (que resulta de los sucesivos procesos de realimentación mediante los que se integran los datos globales de sentidos externos e internos) no nos muestre rastros de esos procesos de manera directa, ni tengamos señal directa de ellos. Porque señales tenemos, si analizamos los datos sensibles que se presentan integrando el complejo perceptual. Pero son señales indirectas.

De modo inverso, podemos reinyectar imágenes que modifiquen la configuración de esos circuitos de base. No se trata, claro, de modificar la base física de los circuitos sino la obstrucción o los desvíos que por bloqueo de impulsos pudieron haber padecido.

En este punto es necesario poner nombre al producto de esos procesos de realimentación y a la materia sensible interna.

Todo eso soy yo.

Yo soy el que vive, sí, pero también soy lo que vivo. Y lo que vivo es tanto “lo que” vivo como el cómo lo vivo, qué siento.

Ese “qué siento” es la sensibilidad general que mencioné arriba y resulta del trabajo constante de conciencia en el nivel subliminal.

Conciencia es, esencialmente, registro. Y hay una zona de esa actividad de registro que no se registra. Y hay otra zona a partir de la cual se registra lo que registra, la dinámica del aparato de registro.

Hay infinidad de variaciones de la actividad del circuito sentidos-conciencia que no se refleja en el nivel de registro que podemos reconocer como conciente. Pero eso no quiere decir que no existan y actúen.

Las sensaciones que reconocemos como tales son esos registros primarios, con los que contamos sin darnos cuenta. Y lo que llamamos “registro”, aquello de lo que nos damos cuenta, es aquel registro primario (sensación) al que atendemos, sobre el que focalizamos la actividad de conciencia.

Este llevar la atención intencionadamente hacia una percepción es lo que llamamos “registrar”: el dato más la atención que lo focaliza.

El dato puro puede presentarse, puedo advertirlo y operar sobre el mundo, sin darme cuenta de que lo estoy haciendo. Hago, sin conciencia de hacer. Mis sentidos registran el estímulo y mi hacer sobre él, mi conciencia tiene registro de eso, que son las percepciones que me ubican y las representaciones que mueven mi acción.

Pero si el dato se presenta y lo atiendo porque dirijo mi atención, estoy registrando yo. Me estoy dando cuenta del dato y de mi hacer.

Como en el caso de la percepción (dato más actividad del sentido) la actividad del “dirigirse a” resulta transparente, pasa desapercibida a menos que, en una

nueva vuelta de retroalimentación, amplíe mi campo atencional para captar también la actividad de mi atención.

En este caso, para poder apereibir mi atención tendré que retener el momento en que apereibí, para discernir la información del dato de la información de mi actividad atencional.

En el momento presente la atención no puede desdoblarse para captarse a sí misma como objeto, como si enfrentara al observador. En todo caso, la captación será indirecta, como “por el costado” mientras permanece el registro apereibido en el campo de presencia.

La conciencia es un campo de presencia. En otros términos, es eterno presente sobre el que se contrasta la actividad representativa de lo que pasó (retención) y lo que está por pasar (protensión). Ambos momentos coexisten simultáneamente aunque para el darse cuenta sean fenómenos de alternancia tan veloz que es muy difícil captar. Para empezar, porque se emplazan en copresencia.

Pero lo que hace posible el presente, es el contraste con estos momentos de la vivencia que transcurre. Es presente lo perceptual. Por tanto, siempre habrá presente en el sentido de lo que se da actualmente a la conciencia. Y ese darse algo actual a la conciencia es constante. Por tanto, la conciencia, en tanto darse cuenta de lo que se presenta ante ella, es un eterno presente.

Pero esta eternidad se ve alterada constantemente, porque a la conciencia no solo se da lo presente como percepción sino que a cada instante la representación mide fuerzas con ella. Esa representación puede presentar a la conciencia materiales del pasado o del futuro. En el caso de la estructura temporal esos materiales ofrecen poca variación (de contenidos) respecto de lo perceptual.

La estructura temporal está dada por el entrecruzamiento de futuro y pasado en el veloz cotejo que implica el entrelazamiento de retenciones y protensiones.

Cuando las representaciones “rondan” lo percibido, reproduciéndolo con las mínimas variaciones que impriman las diferencias de momento, son indetectables en una vigilia habitual.

Podemos advertir la actividad protentivo-retentiva que constituye el fluir de la conciencia, cuando se avecina un cambio de situación o cuando ya cambió: la

fuerza de la expectativa de lo que viene o de la inercia de lo que sucedió se impone sobre lo presente perceptual.

También hay escasos momentos en que podemos registrar el presente “desnudo”, sin expectativa ni recuerdo.

Por lo general, nos encontramos arrastrados por las consideraciones en torno a la situación que estamos viviendo. Esta implica lo que está por venir y lo que ha sucedido. Y desde ese trasfondo conectamos de manera alternada con lo que está sucediendo.

Ese estar sucediendo involucra de manera principal mi actividad interna, tanto sensible como representativa. Por una simple apreciación de volumen comparado entre la extensión del cuerpo y la de los órganos sensoriales, se puede colegir que los impulsos provienen masivamente del interior del cuerpo.

Si toda percepción tiene una representación que le corresponde, todo impulso proveniente del intracuerpo, tiene una representación (cenestésica y/o kinestésica) que le corresponde. Por tanto, así como hay una masa corporal que está dando señal, hay una masa de representación cenestésica que lo duplica.

Como toda percepción se graba en memoria, allí se guardan las representaciones incluídas las del cuerpo, claro.

Estos registros internos no son meros registros del intracuerpo que resultan de la actividad constante de censar su estado. Resultan de la actividad de registro cenestésico que integra la actividad global de registro.

También se integra con la actividad de registro externo. De modo que las variaciones de la cenestesia acompañan las variaciones de los otros sentidos que se producen simultáneamente, integrando la vivencia (y el registro) de un momento del fluir de la conciencia.

En suma, que estoy en una situación y ese estar en situación implica registrar lo que sucede afuera y adentro, a ambos lados del límite corporal.

El límite corporal queda registrado en esa masa de información como la forma de esta masa de sensación difusa que soy en el trasfondo del fluir. No es solo una “membrana” sensible que divide mundos y sirve para discernir direcciones. Además, es el límite de un volumen que implica no solo la masa contenida por

aquél sino la extensión de la superficie respecto de la cual esa masa cenestésica es masa y profundidad.

En ese volumen de representación sensible destellan constantemente las señales de todos los puntos del cuerpo que le dan masa sensible, que llenan ese volumen.

Pero también destellan las representaciones de los puntos de esa superficie-límite y, según sea el sistema de ideación actuante, las señales cenestésicas destacarán las partes del cuerpo involucradas con la acción en curso, con relación a la trazadora (predominantemente visual) que se emplace en el campo de presencia, ahí “afuera”.

De modo que los sistemas de ideación son complejos actuantes de imágenes de sentidos externos (trazadoras) asociadas a imágenes cenestésicas (carga) que se valen de las imágenes kinestésicas para emplazarse en el punto que le permita desplegar la tensión necesaria para poner en marcha el cuerpo.

Lo que me mueve es lo que siento por el estímulo, la sensación interna que se asocia a la externa y se integra como una sola vivencia. Una manzana se me anticipa en la boca con una representación del gusto que me hace salivar, pero también tensa mi mano y mi brazo que se disponen a agarrarla para llevarla a la boca. Tal puede ser la fuerza de mi anticipación que puedo sentir que algo de mí se avalanza sobre la manzana, como si se proyectara sobre ella. Y “arrastra” mi cuerpo.

Esa masa representativa sensible es, desde un punto de vista, la región interna del campo de conciencia. Pero desde otro punto de vista es un espacio (delimitado) en el que se emplazan las representaciones temporales. Estas representaciones, en vigilia, presentan lo pasado o lo futuro, pero incorporan las de presente que, una vez representadas, sufren la modificación temporal que las hace pasado.

Este espacio de representación no es un lugar vacío sino que está lleno de eso, de representaciones que, por ser cenestésicas, no tienen brillo ni definición, pero dan el tono afectivo que acompaña cada vivencia, constituyendo cada momento, configurando la singularidad de cada momento. Porque ese tono es la señal distintiva de cada instante vivido, más acá de las más notables variaciones que pueda ostentar la materia sensible externa.

Esa masa cenestésica reproduce los materiales sensibles de acuerdo a sus zonas de producción: lo táctil en la zona de la superficie corporal en toda su extensión; lo cenestésico, por dentro del cuerpo, extendiéndose a lo profundo; y las representaciones correspondientes a lo perceptual externo en las alturas correspondientes a sus respectivos órganos de origen. La mayoría de las imágenes externas se emplaza en el nivel alto, correspondiente a la cabeza. Uno puede intencionar el emplazamiento de las representaciones externas en el afuera, donde se perciben. Pero espontáneamente se representan a la altura de la cabeza y, más bien, de los ojos.

Memoria ha registrado todas mis variaciones internas y todas las variaciones externas. Mi entera biografía está registrada en ella.

Pero ese registro no implica una variedad incontable de variaciones que harían imposible la vivencia de continuidad y el reconocimiento en el fluir.

Más acá de las variaciones que sufrió mi cuerpo en su crecimiento y desarrollo, hay relaciones proporcionales que se mantienen constantes. Estas vienen a fortalecer y dar intensidad a una referencia constante (y por eso, neutra) que surge de la realimentación.

Más allá de las variaciones que se registre a nivel sensible, siempre, de manera constante, hay una señal que está dada por la dirección de la realimentación, por el desde donde es tomada la representación y podría expresarse como una suerte de “aquí”.

Ese “aquí” es un compuesto de referencias de posición en un espacio circundante -un “allí” que diferencia el “aquí”- y una sensación interna de creciente intensidad -el “aquí” propiamente dicho. Y eso lo llamamos yo.

Así, el yo se constituye como referencia de la actividad de la conciencia en las distintas situaciones de la existencia. Está diciendo que en este aquí que es mi campo de conciencia, pasa algo. Un algo que es distinto de ese algo que hay allí y que motiva (o no, pero se diferencia de) lo que aquí pasa.

Cada situación tiene su referencia de ocurrencia (allí) y de vivencia (aquí o yo). Pero no todas las situaciones se viven desde el mismo lugar. El yo no ocupa, como registro, toda la masa de representación cenestésica sino que se registra como ocupando un lugar dentro de ella. Así, las situaciones que uno vive en vigilia y expuesto al mundo, se registran, por lo general, en la zona de la

periferia del cuerpo. El yo puede emplazarse más internamente y de ese modo, variará su relación con el mundo, modificará la dirección de sus respuestas, la orientación de los trenes de impulsos.

De todos modos, en toda situación, el yo se emplazará en el interior de la masa cenestésica que contiene el cuerpo. El yo es siempre una referencia del desde dónde vivo (aquí) la situación que transcurre a mi alrededor (allí).

Además de estas referencias espaciales referidas a lo externo, el yo se ubica siempre en un emplazamiento diametral respecto de lo observado. El yo es siempre “el polo que observa”, y el objeto aparece siempre en el otro extremo. A la inversa, el objeto es siempre lo observado y el yo aparecerá siempre en el otro extremo. Detalle que resulta muy útil cuando uno se “pierde” a sí mismo en la confusión interna.

De este modo, yo estaré siempre aquí, en el cuerpo, con referencia al mundo externo, pero también estaré aquí en este extremo de la observación, cuando lo observado sea algún registro del medio interno. Esta diametralidad (que no es “oposición”) en las posiciones respectivas de observador y observado derivan de la condición estructural de la intencionalidad.

La conciencia es actividad de registro y no puede quedarse sin recibir impulsos de tal manera que si no los recibe de sentidos, los busca en memoria o en su propia actividad. En el nivel de lo descriptivo esto se puede entender como que no hay acto sin objeto. La conciencia es siempre conciencia de algo. Aunque más no sea, de la protensión o expectativa de algo que intuye, pero algún dato tiene de lo que busca.

Además de este emplazamiento constante en la estructura de la percepción, el yo puede asumir distintos emplazamientos espaciales dentro del espacio de representación.

Distinta es la configuración de la imagen según el emplazamiento del yo: desde el límite, el dato principal es el kinestésico, que refiere a la parte del cuerpo comprometida por el objeto que estimula (imagen trazadora) y la cenestésica que moviliza.

Desde un emplazamiento más interno, el componente kinestésico queda difuminado como referencia externa al fenómeno considerado, que resulta interno a ese límite.

En todo caso se podrá precisar alturas con referencia a partes del cuerpo que siempre resultarán externas al “objeto interno”.

La imagen del objeto tendrá un componente visual aún cuando sea muy difuso, dado por el barrido constante de los ojos, y un componente cenestésico o “carga”, que variará desde la mera sensación interna de presencia de la imagen hasta un sentimiento o estado de ánimo.

La capacidad del yo para registrar este espacio de representación será inversamente proporcional a la proximidad de su emplazamiento con el límite corporal.

De modo que existe:

1) un sustrato no susceptible de registro por el yo, que es la dinámica de impulsos que sustenta todo fenómeno, incluido el mismo yo, sujeto a las variaciones que allí se produzca.

2) una dinámica de conciencia que es el registro de esos impulsos y la coordinación de su dinámica, tarea que conciencia cumple produciendo imágenes que regulan la actividad de la estructura psicofísica.

3) las imágenes se generan a partir de la conversión de los impulsos que conciencia recibe de dos fuentes: sentidos y memoria; de los primeros resulta la percepción y de los segundos, la representación.

4 el registro constante de la actividad de registro de esos impulsos, archivado en memoria, más una configuración particular de conciencia dada por la posición de la atención en el espacio de representación, arroja como resultado el fenómeno que llamamos “yo”.

El yo es un conjunto de señales de referencia del punto de mira. Como está determinado situacionalmente y varía según sea la situación, el yo no es siempre igual ni está emplazado en el mismo lugar.

Esta “coloratura” o teñido situacional hace que el yo invista distintas apariencias aunque el registro de sí sea aproximadamente el mismo.

Para ubicarlo basta buscar en el extremo diametral del “objeto”. De modo que esta ubicación y su ser igual a sí mismo hacen de él un fenómeno que, por constante, pasa desapercibido en la experiencia normal.

Sin embargo, desde esta “universalidad” aparente, por investirse de caracteres situacionales en cada momento, pasa a ser la más concreta de las particularidades: el individuo o lo singular.

Este investirse con caracteres situacionales no solo lo hace “transparente” sino que su visión también se tiñe con esos caracteres. De ese modo, la visión espontánea que tiene el yo nunca es neutra sino que es interesada y, por tanto, sesgada.

Esto deriva de ser producto del circuito de realimentación: el yo se graba conjuntamente con el estímulo externo al que queda asociado. De ahí que se identifique posesivamente con él. El registro de la situación es el registro del estímulo más la situación corporal más la situación interna (que incluye el registro de la posición de la atención con relación al límite del cuerpo).

Pero este registro no se fija, claro está, sino que es objeto de o da pie a nuevos procesos de realimentación que se reproducen a sí mismos al infinito. El yo es un estímulo constante de nuestra situación interna, cuando menos, en la forma del punto de mira.

Desde otro punto de vista, el yo no es más que la parte activa de la situación. O, parafraseando lo que se dijo de la conciencia, es el registro del momento de interioridad de la Vida en su apertura al mundo.

Es la situación externa internalizada, representada y devuelta a su lugar. Ya sea en el modo de la aceptación, o en el modo de la transformación, el yo siempre confirma la situación externa, siempre verifica su existencia y la convalida.

En un trabajo anterior² abordé la cuestión del emplazamiento desde el estar en situación y el sentido. Ahora me ocuparé de la estructura psicológica que soporta y dinamiza el emplazamiento.

Dicho en otros términos, allí me ocupé del “ahí” del “Ser-ahí” y aquí, del “Ser” del “Ser-aquí” que es, más bien el “Ser-aquí” del “Ser-ahí”.

Allí dije que de acuerdo a la Fenomenología, la conciencia es posicional o ponente. Posicional, en tanto, como ser-ahí se encuentra siempre en situación. Destaco que “se encuentra” y no digo “está”. Porque la conciencia se

² El emplazamiento humano en el mundo, en La Otra Mirada, Ed. Virtual, 1998

encuentra, da consigo misma en situación, se apercibe a sí misma en una circunstancia dada. Con esto destaco el valor ineludible de la situación como independiente o previa a la conciencia.

Ponente, porque la conciencia “pone el objeto” en tanto lo constituye con su actividad estructuradora.

Cabe anotar que lo estructural de la estructura acto-objeto no pertenece al nivel de la observación o de la descripción vivencial sino de la actividad de base que es la actividad de conciencia en tanto coordinación de la dinámica de los aparatos psíquicos.

la conciencia estructura el mundo como resultado de la dinámica de impulsos que coordina.

El mundo resulta de la actividad de integración de los datos perceptuales que llegan a conciencia y de los datos de memoria que también llegan y se convierten en representaciones. El dato ha sido estructurado por cada sentido y luego la conciencia estructura la percepción con todos los datos referidos al mismo estímulo.

Solo que ese estímulo no es un “objeto” sino un “momento”, la captación por la conciencia de todo lo que la rodea en ese instante, incluido el medio interno. Este pone el “sello de identificación” de ese momento, el tono afectivo que luego permitirá recuperarlo de la memoria aún cuando haya sido olvidado.

Los mismos datos de sentidos han sido enviados a memoria, que los entrega “procesados” a conciencia y de ellos resulta la representación.

Ahora, si los datos de sentidos son los mismos ¿qué diferencia la percepción de la representación?

En la vivencia, sabemos que no son lo mismo pero ¿porqué? Se dice en Autoliberación³ que lo percibido se distingue por ser independiente respecto de las operaciones de la mente. Esta no puede modificar lo percibido, cualquiera sea la actividad del pensamiento.

Las actividades del pensar, en sentido estricto, se desarrollan en el campo interno de conciencia. Su “materia” es imaginaria, de representación. Comienzan allí donde termina la actividad de realimentación (y la vuelve a alimentar). Esto es, la región del pensar es una región sostenida por el

³ Prácticas de Transferencia, lecc. 1, 4.

mecanismo de realimentación. Las actividades del pensar son tomadas por el sentido interno y la verificación que éste hace de su calidad es más rápida y certera que los “cálculos” que pueda hacer el pensador.

De modo que esas actividades no pueden afectar de modo directo el mundo percibido.

Esto está claro pero ¿cómo puede suceder esto? si se trata de los mismos “impulsos”.

La percepción es el dato: los mismos impulsos o señales de lo mismo pero, además, el complejo estructurado por el sentido incluye el “dato interno” del mismo sentido, la información de su actividad. Y esta información incluye el dato kinestésico de la posición del órgano en el cuerpo. Que establece, simultáneamente, una referencia de posición en el espacio que es común al cuerpo y a la situación percibida.

Dicho de otro modo, sé que una taza sobre mi mesa es percibida y se diferencia de la que imagino porque entre ella y yo está mi cuerpo. La siento “ahí”, afuera, y esa diferencia la pone el límite de mi cuerpo.

Yo puedo imaginar la taza, “ponerla” al lado de la que percibo o superponerla, pero seguirán siendo distintas porque una “está afuera”, ahí, quieta, y la otra la puedo mover con mi imaginación.

De modo que sí, lo percibido es independiente de mi imaginación porque se interpone, a efectos de poder operar sobre ella, mi cuerpo. O, desde otro punto de vista, porque está separada de mi cuerpo.

Así, tengo que lo percibido está separado de mi cuerpo, por tanto, de mi voluntad. Y lo representado aparece separado de mí y pendiente de mi intención.

Así, mi intención siempre será “portada” por una representación que encontrará un mínimo, cuando menos, nivel de resistencia en lo percibido. Justamente por esa diferencia que apunto: mientras la taza está ahí presente, delante de mi cuerpo, con la inercia de lo pasado, mi intención es una imagen que pone la taza en otro lado y en un futuro más o menos inmediato.

De ese futuro inmediato tengo una anticipación con esa imagen previa que se presenta junto con lo que percibo, de la que simultáneamente tengo registro interno. Supongamos que lo que quiero es beber el contenido: tendré una sensación representada del gusto que se “cumplirá” (como intención) o

completará (como sensación) al hacerse sensación plena el sabor del líquido bebido. Desde otro punto de vista, la sensación se actualiza mediante ese hacerse plenaria, que es lo mismo que completarse como acto con el objeto.

Vale distinguir aquí las calidades de este “completarse” el acto según que el objeto sea de percepción o de representación.

Mi estado existencial habitual es de apetencia del mundo: esto es claro cuando es mi cuerpo el que pide el estímulo (sea por hambre, sed u otras necesidades). Pero también me apetece lo que solo estimula la imagen que de mí tengo (mi necesidad de ser reconocido, en general, como ser querido, considerado, etc.) o esa extraña voracidad para la que parece ser el dinero lo único satisfactorio.

Llevada por esa apetencia, mi conciencia busca un objeto que le cuadre.

En esa búsqueda mi conciencia está vacía de la sensación actual del objeto, pero llena con la anticipación, con las sensaciones que de él tengo y me permiten reconocerlo y buscarlo.

Esas sensaciones generan la disposición de mi cuerpo a la búsqueda y permitirán el cotejo para el reconocimiento.

El reconocimiento se producirá al completarse el acto de búsqueda en el encuentro de las sensaciones anticipadas con lo que percibe. El “llenado” del acto “con” el objeto se produce en ese momento. Después vendrán, seguramente, otras sensaciones que movilizan la acción respecto del objeto, pero la búsqueda ya está completa. A partir de ahí se satisfará el apetito (o no). Distinto es el caso de las operaciones internas de conciencia en los que la búsqueda es de “objetos” internos, que se canaliza por la vía de la futurición (si se trata de precisar expectativas) o de la memorización. En ese caso el “objeto” que llena la conciencia “proviene” de ella misma. Depende de su actividad y no de los sentidos, el encontrar los datos que la llenen y se correspondan con el “código” que orienta la búsqueda.

Esa impleción es lo que da a la conciencia el “balance” constante que le permite sostener una búsqueda. El estar llena con el “código” de sensación que le permite saber qué busca y motorizar la búsqueda, es lo que la compensa en su necesidad constante de referencia. La conciencia necesita tener presente algo, tener un “objeto” cualquiera sea su tipo y calidad, mientras cumpla la

función de polo intencional. Mientras sea eso que está ahí convocando el acto, dándole sentido, haciéndole sentir.

En su estar lanzada, la conciencia necesita tener una referencia para su actividad de modo de evitar su propia desintegración. Por eso la impleción constante con datos que le den referencia del momento presente aunque sean datos de puro sentido interno.

En todo caso, la conciencia (o el yo) se pierde en la búsqueda, inundada por la sensación interna de su propia actividad, que no puede registrar porque se confunde con el registro de lo que busca.

Al configurar el dato éste aparece como distinto del yo y esa distinción pone a la conciencia de presencia del dato y de sí misma (el yo). Pero ese reconocimiento es fugaz y se pierde otra vez en la correntada de las vivencias, sirviendo de referencia intermitente que da señal de que yo soy.

En esa actividad interna no solo hay datos actuales de la actividad, provistos por el sentido interno, sino que hay representaciones de datos internos, porque el código de sensación que moviliza la búsqueda (el “objeto” que me atrae” no es una sensación actual, aunque tenga sensación interna de la presencia de esa representación que porta el código.

Esto es, por vía de la realimentación de mi actividad, que provee constantemente el sentido interno, tengo dato (interno) de la actividad de mi conciencia. A cada momento. Es precisamente por esa realimentación que puedo diferenciar los momentos, que transcurren dentro del marco de mi cuerpo y sus variaciones (“¿qué cosa es tu cuerpo sino el tiempo mismo?” El Paisaje Interno, cap. VI,7).

Es esa realimentación, desde otro punto de vista, la dinámica de producción, reproducción (sostenimiento) y modificación, del sentido. Está, como se ve, estrechamente ligada al estado corporal. De ahí la relación (involuntaria) entre la actividad vegetativa y la emotiva.

Además, pero de modo indirecto, el sentido depende de la representación. De modo indirecto porque las representaciones pueden contribuir a su transformación mediante la inducción de sensaciones. Pero también porque puede ser provocado a partir de la representación del estado interno que se busque: puesta una representación de un estado interno, se hace presente.

Esto es, toma la cenestesia y se extiende en la medida que se mantenga la atención sobre ella. También por vía de la realimentación, la sensación buscada va tiñendo el ánimo porque es homogénea la materia presentada y la percibida (ambas son cenestésicas).

De la misma manera, es esta vía de realimentación la que provee y con su constante actividad “teje” el trasfondo que tiene como constante ese tono afectivo que me permite reconocermé, que da señal de “yo”.

Esa señal “de yo” es una referencia constante de que “algo” hay “aquí” de este lado en el momento de la observación, que ha sido denominado como punto de mira o de observación.

En esta última reducción sigue dependiendo de las variaciones del intracuerpo que ahora, en esta profundidad de emplazamiento, puede observar como “fuera de sí” en tanto se presentan (ahora) separadas, enfrentadas, emplazadas o “puestas” en el polo diametral al observador, el polo intencional, hacia el que se dirigen sus “intenciones”.

“Emergiendo” de las profundidades, desaparecerá este registro desafectivizado del yo (que es el punto de mira) y se irá “vistiendo” con las distintas capas de sensación que correspondan, primero, a la “realidad” del estado interno y, después, a la situación externa.

Así, será primero el observador vivencial (sintiente) en tanto afectado por las representaciones que se ofrecen ahora como objeto inmediato a la intuición. En este emplazamiento, lo imaginario y el mismo intracuerpo con sus variaciones, serán observados por un yo que ahora se siente más “materializado” porque “vive” o siente “en sí” las modificaciones internas que se producen y puede referirse a esas sensaciones y sus agentes productores, los contenidos representados.

En este emplazamiento en el que el yo ya empieza a tener “carnadura”, se vierte en el flujo de sensaciones internas, los contenidos que la provocan o acompañan valen por sí mismos y no en tanto representaciones.

Volviendo para atrás (y para adentro), el punto de mira tiene ante sí representaciones y sensaciones que para él no valen por lo que representan o presentan, sino como meras representaciones o sensaciones. Todas, las unas iguales a las otras. Solo son representaciones, no importa de qué. Esto se produce por la evanescencia de los contenidos (representados o sentidos) y en

la “equivalencia” valorativa, el paisaje se vuelve uniforme.

Más se destacan las franjas de experiencia interna como tales que las variaciones que ponen sus contenidos: está claro que las representaciones y sensaciones están ahí, fuera del punto de mira.

Cuando este estado atento se pierde, se produce lo inverso: se destacan los contenidos individualmente. Las variaciones de la materia perceptual que configura las representaciones, se identifican como contenidos individuados merced a las diferencias que ofrecen. Son estas diferencias las que imponen la discontinuidad que presenta el paisaje, la fragmentación y la separatidad propia de lo que “se presenta ante nuestros ojos” y, por tanto, separado de mí, que lo observo. Pero no soy ya un observador tan neutral como el punto de mira que puede observar las variaciones que se producen “en mí”.

Yo soy, en este momento del transcurso de la experiencia, yo. Me reconozco. Aunque desnudo de mis estados internos (mis vestiduras) porque éstos están “ante mí”, puedo reconocer mi tono característico en el registro del observador que reconoce como propias las vivencias que observa.

Ya no se trata de un punto de mira que otea las regiones internas, casi carente de otra nota distintiva que no sea la sensación (cenestésica) de estar en algún lugar. Porque la distancia impuesta respecto de los límites del cuerpo hace perder toda referencia kinestésica.

Y un “lugar” que solo se registra como el “aquí” que se enfrenta a un “ahí”, apenas diferenciados por notas “regionales” según su fuente de producción. El objeto-ahí ofrecerá alguna referencia como para saber si se trata de una representación o una sensación, y el objeto-aquí, imposibilitado de ser plenamente objeto porque es activamente sujeto, también. Solo que si se observa a sí mismo, ya sabe por esto mismo que se trata de una representación de sí configurada a partir de los datos que pueda obtener “de costado”. Porque no puede observar de modo directo, de frente.

El punto de mira se registra como el mirador desde el que se advierte lo más elemental de la estructura propia de la mirada: el estar mirando a, puro, sin más diferencia que el sentirse mirando.

Entre mirar y sentirse mirar hay una nueva variación de posición del punto de mira que intenta desdoblarse para aperebirse pero no lo consigue, aunque sí, logra llegar al borde en este juego de intentar “morderse la cola”.

En este proceso de profundización y despojamiento de sus atributos, el yo se va soltando de las ataduras de la creencia. Se va neutralizando frente al asalto de la fascinación que producen los contenidos. Estos lo toman, desvaneciéndolo y haciéndolo perder entre sus velos sensibles. Y el yo necesita dejarse tomar, “hacerse objeto” para poder operar sobre él, primero imaginariamente y luego, con la acción.

Cuando el yo se recupera, cuando vuelve a registrar su presencia como enfrentada a la del objeto, se ha operado la transformación, ha dejado su impronta en el mundo. Y el mundo ha dejado la suya en el yo. Ya no es el mismo que era. Ahora tiene nuevos tonos o ha reforzado los anteriores. Pero no es el mismo. Ha pasado por nuevos procesos de realimentación que lo confirman como separado del mundo. Como “él mismo”, el yo.

El observador suma a esta estructura de la mirada las relaciones propias que los contenidos mantienen entre sí, y de los contenidos con sus fuentes de producción (groseramente, sentidos o conciencia). Estudia el paisaje, por así decirlo, y evalúa los “materiales” con que está configurado.

Si hace abstracción de los contenidos del paisaje, puede desentrañar y reconstruir la estructura y la dinámica de “su” mirada. Teniendo a los contenidos por referencia puede observar los procesos internos referidos a ellos (básicamente, sensaciones y emociones), que determinan la configuración del paisaje.

En el siguiente paso de esta “vuelta al mundo” se obtura el acceso inmediato a lo interno, al que no puede regresar si no es por intención o por imposición del nivel de conciencia. Aún así, lo que se impone son los contenidos internos y su dinámica, no la visión de lo interno.

En este emplazamiento el yo se “incorpora” a sus vivencias mundanas y las actualiza: las vive, actúa sin mirarlas. No hay distancia entre el yo y lo que vive. Soy lo que vivo y el mundo está ahí. Los datos del intracuerpo me son más o menos asequibles según me emplace cerca o sobre el límite del cuerpo.

Cerca del límite prevalece lo cenestésico y cierta visión de lo interno. Repito, de los contenidos y no de lo interno como región de experiencia. Allí todo me

afecta y, prácticamente, vivo tomado por mis fenómenos internos: me ocupo y preocupo más de ellos que del mundo, y del mundo en función de ellos. Esto último puede parecer que se corta o desmiente con una intensa actividad externa... que está dictada más por la compulsión que por elección de respuestas.

Este “estar en mí mismo” parece verse contrarrestado por esas actuaciones compulsivas que más semejan la alteración que el ensimismamiento.

Por su lado, la alteración se caracteriza porque el yo se vive más como cuerpo que como “yo”, más como un alguien más que está en el mundo, que pertenece a y a quien pertenecen los otros, con quienes entabla tramas relacionales estables que le brindan un sentido de pertenencia que funda su sentido vital.

Así, con sus más y sus menos, el sujeto se vive no como que está en el mundo (mucho menos que está arrojado en él) sin que “es” del mundo. Y que el mundo es para él.

Este sentido de pertenencia es ajeno al ensimismado que siente alzarse una valla insalvable entre el mundo y él, que le impide aprehenderlo y gozarlo plenamente hasta en sus momentos más equilibrados de alteración.

Entre estos emplazamientos aparentemente contrapuestos hay algo común: ambos yoes se pierden en su medio inmediato, del que dependen íntimamente para subsistir. Y lo que los diferencia son apenas unos centímetros imaginarios: el yo alterado está difundido sobre el límite del cuerpo y su registrarse coincide con el registrar el mundo. Por eso, con mucha frecuencia, le aparece negado el acceso a lo interno. Para él no existen otras sensaciones que las de sentidos externos y las “raras” son solo eso: raras.

tanto por infrecuentes como por incomprensibles. Sus estados internos son escollos fácilmente superables con la estimulación externa, que fragmenta el yo en tantos yoes como situaciones estimulantes tenga.

El ensimismado, por lo contrario se siente condenado a ser él mismo sin poder producir ese yo que tanto anhela, más incorporado al mundo. Pero también padece la fragmentación, bien que más en función de sus estados internos que de las situaciones que vive.

Pero en ambas configuraciones del yo se mantiene la estructura básica de la mirada: hay un algo que se presenta y algo que se registra como aquello que lo

mira, que registra esa presencia. En ese estar presente se asoma, aún cuando mínimamente, el yo.

Así, podemos verificar que, aún cuando se modifique el emplazamiento del yo, siempre hay un “algo que mira” y un “algo mirado”.

La definición de ese algo mirado se irá incrementando según que los emplazamientos del yo admitan, o no, las diferencias. O, al revés, la diversidad de las diferencias que advertimos perceptualmente en el mundo existen merced a un yo diversificado en su capacidad de registro. Y ésta depende de la profundidad del emplazamiento, que determina la diversidad en las variaciones que se pueden producir en las distintas regiones de experiencia.

Desde otro punto de vista, los distintos emplazamientos superficiales del yo habilitan distintas direcciones con referencia al límite del cuerpo: desde el límite se abre la visión de lo externo y desde más adentro, la de lo interno.

Pero ambas direcciones se plantean siempre hacia afuera del yo.

Porque el yo siempre está “poniendo” y lo que pone, son diferencias. Tanto entre sí y los contenidos (diferencia estructural) como entre los contenidos entre sí (diferencias objetales).

Porque el yo es, por sí mismo, diferencia. Al ser la referencia de la conciencia a sí misma, indica la diferencia que la conciencia establece entre sí y cualquier cosa ajena a sí misma.

La conciencia es un campo de presencia en el que, de modo espontáneo, no hay lugar para dos: es el objeto (la situación que vive) o el sujeto. Con su estimulación sensorial el objeto sobrepasa los registros que el yo puede tener de sí y lo expulsa del campo de presencia hacia el trasfondo de la copresencia. Y es solo mediando un esfuerzo atencional que el yo puede volver a presencia. Pero sabemos que esta relación inversamente proporcional, esta puja por ocupar la presencia, tiene para la acción un costo de eficacia: solo la creencia nos impulsa a la acción y la sostiene. La atención al yo desvía nuestra energía y la resta a nuestra acción. Por tanto, ésta decae y se vuelve inoperante.

Este proceso de ensimismamiento, de introyección de la energía no hace más que estimular los procesos de realimentación y encerrar al yo, incomunicándolo y produciendo sufrimiento.

Por lo contrario, la desconexión de las propias vivencias que se produce en la

alteración, en el “salirse para afuera” del yo, perdiéndose en el ajetreo mundano, también lo incomunica, esta vez de sí mismo y, en definitiva, del mundo. Aquí el sufrimiento se transparenta y puede pasar inadvertido.

Esta puja por la presencia se vuelve más sutil en la experiencia interna. Disminuidos los estímulos externos, los contenidos internos se vuelven poderosos y ya no se cuenta con la referencia del cuerpo, que pone sus límites. Cuando el ruido interno se hace más fuerte que la percepción o cuando ésta disminuye en su fuerza por nivel de trabajo, el yo se ve a merced de sus propios contenidos.

La sensación de presencia del cuerpo es un ancla poderosa como referencia de la realidad, cuando las correntadas internas arrastran al yo con las vivencias que provocan.

Sin la sensación del cuerpo el yo se ve desprotegido frente a sus contenidos internos porque no puede poner distancia de manera espontánea. Tiene que operar sobre el nivel de trabajo, modificar su estado y recién entonces puede observar qué sucede y qué lo altera.

Así como el cuerpo me permite identificarme en la actividad situacional externa por la distancia que pone respecto de ella, también es la distancia lo que me permite conocer la “realidad” de lo que se manifiesta ante mí en la experiencia interna.

Si atiendo a mis pulmones o a mi estómago o a mi garganta, esas partes de mi cuerpo están ahí y las reconozco porque conozco sus señales distintivas, que son ajenas a mi voluntad.

De ahí la importancia de la sensación de presencia recíproca, el registro de lo que atiendo y el registro de desde dónde atiendo, que se da espontáneamente por el hecho de atender.

Esa sensación de presencia recíproca será también el indicador a tener en cuenta para evaluar la “realidad” de los fenómenos que aparezcan en ese mundo de sombras.

Pero mis contenidos internos no son lo mismo. Frente a ellos no tengo distancia. Puedo hacérmela, pero la fascinación que ejercen actúa espontáneamente.

En la dinámica interna, como en la externa, es el yo el que alimenta y da vida a

los contenidos. Si siento la presencia de un contenido, yo me pierdo. Y si me recupero, se paraliza la dinámica de imagen.

De modo que la clave del movimiento interno está dada por la posición del yo, por el mantenimiento y regulación de la pérdida de registro de su posición diametral frente al objeto.

Y será esa sensación de presencia, esa existencia que otorgo a lo que se me aparezca, lo que dará dinámica (o no) a los contenidos. Y lo que dará veracidad a la experiencia.

Por caso, si imagino una esfera transparente y luminosa y mantengo mi sensación de presencia, ésta tendrá que ser movida por mi intención. Seré yo el “director de tránsito”. Y si mantengo mi sensación de presencia, ésta será solo una representación que yo manejo.

Si al imaginarla, la siento ahí presente, arriba mío, la esfera cobrará vida propia, se hará presente y actuará sobre mí, reforzando mi presencia.

Pero esa sensación de presencia de mí no será la de mi yo habitual sino la de aquéllo que en mi experiencia no está presente habitualmente. Y que no puedo nombrar cotidianamente.

Una sensación que se manifiesta cuando puedo soltar la apetencia que obnubila al yo.

Porque es la apetencia de un objeto que me compense lo que me pierdo.

La apetencia es el motor de la existencia y está montada sobre la estructura básica de la conciencia, previa a la intencionalidad. La dinámica sistémica del psiquismo humano, compuesta por su estructura de aparatos, aporta el elemento estructurado en la base de la dinámica de conciencia.

En su nivel propio, la conciencia es un estar lanzada al mundo, una experiencia abierta al aprendizaje que se va cerrando por errores de proceso, enquistándose sobre el yo.

Por sí misma, la conciencia es trascendente. Es una fuerza lanzada hacia fuera de sí misma, aprehensora y transformadora de lo que la rodea y de sí misma.

Ese apodóctico ser siempre conciencia de algo para lograr el nivel de ser, el plano de la manifestación concreta que le exige la singularidad de una existencia que transcurre en la actualidad, es lo que funda su trascendencia.

Aún cuando vuelva sobre sí lo hace sobre el modo de ponerse fuera de sí, y así

se transforma como transforma el mundo.

Como todo en el universo se mueve en la puja dada entre las fuerzas de la inercia y el cambio. El yo es, por un lado, la referencia de sí que le permite ubicarse en situación temporoespacialmente con base en la continuidad, pero también, es la fuerte tendencia a la conservación, a la permanencia de la estructura de la mirada en los términos ya dados.

Y la conciencia es apertura al mundo y, paradójicamente, es también el mundo.

Es la sensibilidad del mundo y lo que censa al mundo.

Es el registro de los impulsos del mundo y su punto de transformación.

Es la convergencia de los impulsos no manifestados y su manifestación mediante la configuración de la visión del mundo a partir de las formas que aporta memoria.

Es apertura al mundo y, en tanto mundo ella misma, es apertura a sí misma, a aquello que está más allá de sí, de donde provienen los impulsos del universo, de lo que no tiene nombre y ella está destinada a nombrar.

Por eso su posibilidad radica en la posibilidad de la máxima apertura de su capacidad de registro para no quedar atrapada en las limitaciones que impone el yo con su apetencia insaciable.

Como cuestión práctica, podemos concluir:

1) los emplazamientos del yo –siendo que éste no siempre es percibido- los podemos detectar por los niveles de emplazamiento del paisaje: cuando el paisaje es netamente un afuera, “estaré” ausente, tendré poco registro de mí. Desde ahí no puedo operar “hacia dentro”.

2) Si quiero habilitar mi visión interna, tendré que correrme hacia dentro ¿cómo hacerlo? Otra vez, puedo valerme del paisaje: desatiendo lo externo (puedo ayudarme entrecerrando los ojos) y atiendo a las representaciones y el espacio interno en que aparecen. Si puedo emplazarme como difundido en la cara interna de la caja craneana y sentir para adentro, ayudaría a desconectar los sentidos externos.

3) Si quiero seguir profundizando, amplío más el campo interno o la mirada interna, desatiendo los contenidos en sí y atiendo a su estar representados. Trato de captar lo uniforme de la representación por debajo (o por detrás) de la variedad de contenidos que presentan.

4) Si quiero profundizar más, desenfoco. Abro el mirar en todas las direcciones. Puedo valerme de la representación de una esfera y trato de sentir todos y cada uno de los puntos de su superficie interna.

5) Desde el centro de la esfera que coincide con mi corazón, atiendo en todas direcciones y espero. En esa situación podré verificar la verdad de los fenómenos a través del registro de presencia recíproca. Verdadero es lo que confirma mi verdad: una presencia que refuerza mi presencia.